# 31 DE AGOSTO.[1]

SAN SEBASTIAN! Tu historia gloriosa tiene una página embadurnada con la sangre de tus hijos. Las personas que tuvieron la desgracia de presenciar el desastroso dia 31 de Agosto de 1813 lo saben sin necesidad de que se las recuerde lo acaecido en la desolada poblacion. No así los que han nacido despues, si no se hatenido cuidado de referirles los hechos tales como tuvieron lugar.

En este dia tan solemne emprendemos la tarea de hacer una pequeña relacion de tan terribles acontecimientos para que nadie pueda ignorarlos.

Aseguramos á cuantos nos lean que las escenas que ramos á referir están muy próximas á la verdad de lo ocurrido; empero no es nuestro ánimo en manera alguna resucitar antiguos resentimientos contra una nacion culta y que desempeñó un papel tan principal en el establecimiento de la libertad europea.

Algunos soldados de esa nacion, estraviados, cometieron todo género de excesos como se verá en el relato que va á seguir; pero no por eso hemos de igualar al resto de los hijos de aquel país, incapaces en su mayor parte, de representar tan bárbaras escenas.

El desenfreno y la licencia hicieron á un puñado de soldados sin virtudes lanzarse con báquico furor á perpetrar crímenes inauditos; pero estos desmanes pertenecen exclusivamente á los que los cometen y se sepultan, una vez pasados, en el panteon del olvido.

(1) Creemos oportuna la reproduccion, con ocasion de tan memorable fecha. de este escrito que se publicó por vez primera en San Sebastian hace cerca de cuarenta años.

En los primeros dias del mes de Julio del año de 1813 resolvió Lord Wellington, que mandaba el ejército anglo-hispano-portugués, poner sitio á la plaza de San Sebastian que ocupaban los franceses.

Esta Ciudad cuya poblacion era entónces de 13.000 habitantes, está situada en una especie de península al pié de un monte, entre dos brazos de mar, en uno de los cuales desagua el Urumea, rio poco caudaloso. Comunica con tierra solo por un itsmo que está defendido por el hornabeque de San Cárlos y el recinto principal, ambos dominados por el castillo de Santa Cruz de la Mota, colocado en la parte mas culminante del monte en que se respalda la ciudad. Por la parte de tierra es bastante fuerte la plaza, pues está resguardada por buenas obras de doble recinto, contra escarpa y campo cubierto, mas no así por la parte de la Zurriola y el Urumea; fiado sin duda el que trazó el muro en que las aguas que bañan su pié le harian inabordable, no tuvo presente que hay puntos vadeables á baja marea, favoreciendo á la facilidad del paso algunos montecillos de arena que quedan en seco.

La fuerza francesa que guarnecia la plaza habíase reforzado, contando 4.000 soldados mandados por el general Rey, que gozaba de buena reputacion militar. En un principio fueron los españoles los que bloquearon la plaza, pero despues los anglo-portugueses, á las órdenes de Sir Thomas Graham, formalizaron el sitio, dirigiendo el ataque por la parte descubierta y débil de la Zurriola.

Elévanse á la derecha del Urumea unas eminencias, que fueron escogidas por los sitiadores para colocar sus baterías. Construidas estas con bastante solidez, se enfilaban hácia la plaza entre los cubos de los Hornos y de la Amezqueta, que están situados en el lienzo frontero de la muralla. Los demás fuegos los dirigian contra el castillo y el hornabeque de San Cárlos, adelantando al mismo tiempo otros trabajos por la lengua ó itsmo.

A unas 700 á 800 varas de la plaza elevábase el convento de San Bartolomé que estaba guarnecido por un destacamento del ejército francés. Propusiéronse los sitiadores apoderarse de él por proporcionarles paso conveniente para el acometimiento de las obras de recinto principal.

En la noche del 13, al 14 empezó el ataque con tal encarnizamiento que llegaron los ingleses á tirar con bala roja. Destruyóse el convento sin que los agresores pudiesen posesionarse de él, pues los si-

tiados, haciendo de las ruinas lo que de un punto fortificado, se defendieron sobre los escombros con denodado valor. Poco satisfechos los ingleses del altivo valor de sus contrarios, acometieron á la bayoneta, logrando al fin el dia 17 apoderarse de aquel monton de escombros entre los que yacian exánimes 250 de sus obstinados defensores. Vencido este obstáculo, avanzaron, aunque poco, los aliados, pues se vieron obligados á detenerse por un reducto circular que habia en el itsmo.

En este estado las cosas, intimó Graham el dia 21 la rendicion á la plaza, cuyo gobernador no solo la despreció, sino que ni aun se dignó admitir el parlamento. Este nuevo golpe de arrogancia exasperó tanto á los ingleses que se decidieron á dar el asalto creyendo ya practicable la brecha aportillada entre los dos cubos.

Al rayar el alba, el dia de Santiago, 25, se efectuó la acometida. La columna de ataque la formaba la brigada del mayor general Hay, el que tenia en reserva otras al mando del general Oswald. Mucho fué el esfuerzo y arrojo con que se hizo la tentativa, pero se estrelló contra la viva resistencia de los demás fuegos de la plaza que aun estaban intactos; tambien habia una distancia de mucha consideracion desde las trincheras á la brecha, circunstancia que, unida á lo fangoso y pedregoso del terreno, aumentaba mucho el peligro, atenuando la probabilidad de buen éxito.

Poco despues de esta desfavorable arremetida llegó al campo de los sitiadores Lord Wellington, procedente de Lesaca, y quiso repetir el asalto, proyecto que no llevó á cabo sabedor de ciertos movimientos de Soult; en vista de la actitud que tomaba este último, no se contentó con suspender el ataque que proyectaba, sino que dispuso se convirtiese el sitio en bloqueo, embarcando la artillería en Pasages, aunque sin desamparar las trincheras y algunos trabajos.

La suspension del sitio duró desde el 25 de Julio hasta el 24 de Agosto, dia en que volvió á emprenderse. Todo el tiempo que duró esta suspension estuvieron ambos ejércitos beligerantes dándose sus batidas do quiera podian hallarse, siendo la mayor parte de ellas prósperas á los aliados. El objeto del mariscal Soult no era otro que el de auxiliar á las plazas bloqueadas de Pamplona y San Sebastian empezando por esta última. Pero si la capacidad y pericia de Soult para manejarse en el país montañoso en que se encontraba eran grandes, mayores y mejor combinados fueron aún los esfuerzos de We-

llington para desbaratar los proyectos de su contrario. El resultado de varios encuentros y peleas fué la pérdida de 6.000 hombres para el ejército aliado, pasando de 8.000 la del francés.

Despues del último de estos encuentros que obligó á los franceses á repasar el Pirineo, se dirigieron los aliados á estrechar el sitio de San Sebastian, empezando sus operaciones el dia 24 de Agosto. Propusiéronse franquear más las brechas anteriores y abrir otra en el semibaluarte de Santiago, á la izquierda del frente principal. Aumentaron con este propósito las baterías del itsmo y tambien las de la derecha del Urumea. Desembarcaron tambien alguna fuerza en la isla de Santa Clara, roca que surge á la boca del puerto, apoderándose de ella, como igualmente de unos treinta franceses que la guarnecian.

Así que creyeron practicables las brechas, dispúsose el asalto para el dia 31 de Agosto. Seria cosa de las once de la mañana y hora de la baja marea cuando salieron de las trincheras las columnas de ataque. Si impetuoso fué este, la serenidad y brio con que le recibieron los sitiados fueron superiores á todo elogio. Trabóse la pelea con obstinada saña, y hubiera sido rechazado el ataque por los defensores de la plaza á no haberse incendiado un acopio de materias combustibles que habia cerca de la brecha, causando tal estruendo la explosion que asustó á los sitiados en tales términos, que cuando volvieron de su sobresalto ya habian aprovechado los anglo-portugueses de su confusion, apoderándose de la cortina y metiéndose dentro de la Ciudad. Retiráronse los franceses defendiendo el terreno palmo á palmo con un valor admirable. Las calles desempedradas y zanjadas favorecian su defensa, pero el último punto donde ésta fué más vigorosa y obstinada fué el atrio de la iglesia de Santa María donde tenian puesta una bateria que enfilaba sus fuegos por la calle Mayor, causando un estrago horroroso á las columnas que la llenaban. Desalojados de este punto, se retiraron al Castillo, dejando en poder de los aliados 700 prisioneros La toma de la plaza costó á los sitiadores más de 500 muertos y 1.500 heridos.

La lluvia y el humo denso oscurecieron por la tarde la indignacion y vergüenza de los vencidos y la arrogancia de los vencedores; empero estos hicieron que por la noche mirase la inofensiva y sencilla poblacion al resplandor de siniestra y bien nutrida llama la feroz alegría que brillaba en los rostros desencajados por el desenfreno y la licencia.

Resístese la pluma à trazar escena tan lamentable y trágica, que parece más á propósito para ser representada por cafres que por soldados de una nacion culta y civilizada. Los sencillos habitantes de la Ciudad cuyos corazones laten de júbilo y agradecimiento, salen con los brazos abiertos á recibir à los que creian sus libertadores; pero ¿cuál es el galardon que reciben por esta franca manifestacion de sus sentimientos? Amenazas, insultos todo género de ultrajes!... Con inaudita ferocidad, la atrevida soldadesca atropella al decrépito anciano, à la casta doncella y ai inocente niño, que, derramando lágrimas à torrentes, corren despavoridos sin encontrar un asilo que pueda librarlos de los que con satánica furia siembran por todas partes la desolacion y el espanto.

Aquí muere con el corazon atravesado el septuagenario que presenta su pecho por no ser testigo de la violacion de su hija; allí se desespera la madre no pudiendo evitar que despedacen en sus brazos al hijo de sus entrañas; más allá el moribundo esposo dirige su postrimera súplica al Altísimo para que libre á su mujer y queridos hijos del furor de aquellos energúmenos: ora los sacerdotes más respetables por su avanzada edad y virtudes son asesinados y despreciados vilmente; ora los vasos sagrados son robados; ora son mofadas y vilipendiadas las legítimas autoridades...., ¡Cuánta deshonra y atrocidad!!! Pero ah! tanto desenfreno, tanta alevosía es hija de la embriaguez, de ese vicio asqueroso que, privando de la razon, engendra la ira y la ferocidad. Apénas entran en la Ciudad aquellos soldados sin virtudes se entregan al pillaje, y como por instinto violentan ántes que nada las puertas de los almacenes donde habia toda clase de licores, sacian su hidrópica sed, y bien pronto la llama que Baco enciende en sus pechos, tiene que apagarse con sangre de indefensas é inocentes víctimas, llegando á tal extremo su relajacion é indisciplina, que matan á aquellos de sus oficiales que les recomiendan la moderacion.

En vano se espera que la fatiga rinda á aquellos hombres perdidos. Temiendo acaso que la noche oculte bajo su oscuro manto á los que aun quedan por sacrificar, ponen fuego á la poblacion. Torbellinos de llamas se elevan hasta las nubes y devoran en el espacio de tres dias todas las casas, excepto treinta y seis: con ellas perecen caudales, mercancías, papeles, casi todo, y tambien los archivos del Consulado y Ayuntamiento, precioso depósito de memorias y antigüedades. Más de 1500 familias quedaron reducidas á la más espan-

tosa miseria, calculándose la pérdida en 200 millones de reales. Muchas personas veíanse salir como sombras de entre los escombros, desnudas sus carnes y con el semblante desencajado y macilento por el espanto y el terror. Catástrofe tan sangrienta y dolorosa no se encuentra en los fastos de la historia.

.....

.....

Posesionado el ejército aliado de las ruinas y dueño de los pocos edificios que habian quedado en pié, hostilizaba al castillo, cuya guarnicion se mantenia firme, hasta el último extrema de desechar su gobernador, el general Rey, las proposiciones que el dia 3 de Setiembre se le hicieron. Vista esta animosa decision por los sitiadores, acordaron avivar los ataques y cargar de recio. El 5 tomaron el convento de Santa Teresa, cuya huerta está contigua con el cerro del castillo, desde donde por las cercas molestaban los enemigos á los sitiadores.

Terminadas las baterías de brecha, y en especial una de diez y siete piezas que ocupaba el hornabeque de San Cárlos, se descubrieron el 8 los fuegos, enfilándolos el inglés hácia el castillo y las obras destacadas del mirador y batería de la Reina; 59 piezas de artillería de todos calibres vomitaron á la vez destruccion y estrago. Viendo el enemigo que no podia resistir tan vivo y continuado ataque, tremoló á las 12 del mismo dia 8, bandera blanca capitulando en seguida. De los 4.000 hombres de que constaba la guanicion, solo quedaban vivos 80 oficiales y 1.756 soldados.

Todos los horrores sufridos no arredraron, empero, ni amilanaron el proverbial valeroso aliento de los hijos de San Sebastian que habian sobrevivido, como lo prueba el rasgo heróico de patriotismo y magnanimidad de algunos de sus vecinos, que, cinco dias despues del asalto, ántes de que se rindiese el castillo, y continuando aun el voraz incendio, olvidaron la pérdida total de sus fortunas y se reunieron el dia 6 de Setiembre con los dos alcaldes y otros capitulares, que salieron de la plaza, en el lugar de Zubieta, jurisdicion de la misma Ciudad, de que dista una legua. En este punto celebraron sesiones cuyas actas son documentos notabilisimos y se conservan en el archivo de la municipalidad. Una de sus resoluciones fué imitar el ejemplo de sus ilustres antepasados, que en siglos anteriores, especialmente en los XII y XV bajo el reinado de Sancho el sabio de

Nabarra y los inmortales reyes católicos Fernando é Isabel, levantaron sobre sus mismas ruinas el antiguo pueblo Easo.

Esta animosa determinacion tomada en momentos tan críticos como solemnes no podia mirarse con indiferencia por los vecinos que quedaron vivos despues de aquellos dias tremendos. Las barracas formadas con débiles tablas que se hubieron de construir para ponerse á cubierto de la intemperie en los primeros momentos, fueron desapareciendo á medida que cada propietario de algun terreno reunia los medios necesarios para edificar sobre las ruinas. De este modo, la reedificacion estaba ya en breve terminada, presentando la poblacion el aspecto más regular y halagüeño que nadie hubiera podido creer viéndola reducida á montones de escombros.

Los que se reunieron en Zubieta, así como los que sucesivamente han ido realizando aquel admirable acuerdo, merecen el aprecio universal.

En 18 de Octubre de 1814 acordó la poblacion en junta general congregada celebrar perpétuamente un solemne aniversario en sufragio y piadosa conmemoracion de las infelices víctimas que perecieron en aquella formidable época. Para llevar á cabo este acuerdo se nombraron dos comisionados á fin de que arreglasen la fúnebre funcion con la dignidad, decoro y pompa correspondientes á tan grandioso y magnifico objeto y al distinguido cuerpo que la habia decretado. El ilustre Consulado se ofreció generosamente á secundar tan religioso y noble pensamiento. Igual proceder tuvo el muy ilustre Cabildo eclesiástico de las parroquias unidas de Santa Maria y San Vicente, el que se mostró pronto á hacer todo lo perteneciente á la iglesia, asistiendo á un acto tan solemne y análogo á su sagrado ministerio, máxime cuando entre los ciudadanos difuntos se contaban dignísimos sacerdotes é individuos del mismo cabildo muertos violentamente, ó víctimas de la miseria y afliccion. Tomáronse finalmente, por los comisionados las convenientes disposiciones para que se erigiese un suntuoso túmulo.

Dispuesto todo con solemne majestad, las exequias se celebraron por primera vez el 31 de Agosto de 1815, con una pompa increible. Extranjeros y nacionales acudieron presurosos desde puntos lejanos para admirar á un pueblo que, á pesar de la miseria á que quedara reducido, hacia un sacrificio por tributar el justo homenaje á sus infinitos mártires.

Por motivos de prudencia se suspendió esta funcion en época no muy remota, sin que se haya restablecido. El acta de Zubieta debe ser para San Sebastian objeto de eterna veneracion; es como si dijéramos la última voluntad de las espirantes víctimas, y no podrán olvidar los hijos, hermanos ó deudos de los que perecieron que es un deber suyo continuar pagándoles tan justo tributo.

## APUNTES NECROLÓGICOS

### D. FRANCISCO DE MENDIOLA.

El 19 del corriente, falleció en esta ciudad el Sr. D. Francisco de Mendiola, que adquirió justa popularidad con un acto de valor llevado á cabo en Febrero de 1851 salvando á los náufragos del bergantin *Felisa*, y por el cual mereció ser condecorado con la encomienda de la órden de Isabel la Católica. Dicho bergantin, perteneciente á la casa Lizasoain hermanos, que estaba anclado en la Concha, fué sorprendido por un furioso temporal y arrojado á la playa, pereciendo á la vista del público varios de sus tripulantes. Entónces, y como nadie se atreviese á ir en socorro de los demas, mandó el finado Mendiola que trajesen con bueyes una lancha del muelle, y montó en ella el primero, con lo que alentó á otros varios que le siguieron, y pudieron entre todos salvar á los náufragos.

R. I. P.